

Historia de la hechicería y de las brujas

Luis Bonilla

Prólogo de
Alejandra Guzmán Almagro

• ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA • El artista prehistórico no realizó en las cuevas sus grabados y pinturas ocasionalmente o por distracción como un baluceo de extroversión artística, pues su vigor expresivo acredita su técnica, que renuncia al detalle realista en beneficio de la fuerza vital expresiva del sentimiento. Así, aquellos hechiceros coronados de absurda cornamenta, cubiertos con pieles de animales, entre un pueblo que vivía semidesnudo, nos evitan falsas interpretaciones caprichosas para hacernos pensar más profundamente en su oculto significado dentro del terreno de ese vedado mágico que respetaron todos los pueblos.

HISTORIA DE LA HECHICERÍA
Y DE LAS BRUJAS

LUIS BONILLA

HISTORIA
DE LA HECHICERÍA
Y DE LAS BRUJAS

EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

BIBLIOTECA NUEVA

Cubierta: Malpaso Holdings, S. L. U.

© Herederos de Luis Bonilla García

© Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2021

© Malpaso Holdings, S. L.

c/ Diputació, 327, principal 1.^a

08009 Barcelona

www.malpasoycia.com

ISBN: 978-84-18236-67-9

Depósito legal: B 9846-2020

Edición original: enero de 1962

Primera edición: octubre de 2021

Maquetación: Palabra de apache

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

LA HISTORIA DE LA HECHICERÍA EN CONTEXTO, *Alejandra Guzmán Almagro*

HISTORIA DE LA HECHICERÍA Y DE LAS BRUJAS

NOTA PRELIMINAR

ORIGEN DE LA HECHICERÍA

1. La hechicería en los mitos de la prehistoria
2. La magia tarteso-ibera
3. La influencia griega en la magia del mundo antiguo
4. Los «misterios» griegos
5. Lo mágico y lo científico en Pitágoras
6. La magia cretense y la influencia asiática
7. La primitiva magia del Próximo Oriente
8. La infiltración oriental en la magia grecorromana

HECHICERÍAS EN EL AMBIENTE POPULAR Y EN LA LITERATURA CLÁSICA

1. La magia en la época visigoda
2. La magia y el islamismo
3. Los augurios en los cantares de gesta
4. Los «prodigios» en los poemas medievales y en los libros de caballerías
5. La hechicería en la época de Alfonso X el Sabio
6. Entre la hechicería y la ciencia
7. Las profecías de Merlín y la época de don Pedro I
8. El hechizo de «atar»

9. El «mal de ojo»
10. Talismanes y amuletos
11. Los «filtros» y las figuras mágicas
12. Las brujas malignas
13. Las hechiceras especuladoras
14. Los aquelarres
15. El sábado
16. Los incubos y súcubos
17. Los vampiros y otros seres fantásticos
18. Los embrujados
19. El vuelo de las brujas
20. Lo que contaban las brujas
21. El Renacimiento y la hechicería en Europa
22. El verdadero doctor Fausto

LAS ESCUELAS DE HECHICERÍA

1. Las legendarias escuelas de nigromancia
2. La cueva de Toledo
3. La cueva de Salamanca

LA HECHICERÍA EN LOS PALACIOS Y EN LA POLÍTICA

1. La alquimia y la magia en las Cortes europeas
2. Don Enrique de Villena y su época
3. La época de Carlos VI de Francia y Barba Azul
4. La magia criminal en Europa
5. Hechicería y política en tiempos de don Álvaro de Luna
6. Catalina de Médici y sus adivinos
7. La época de don Rodrigo Calderón y del conde duque de Olivares

8. Carlos II el Hechizado
9. La hechicería en la Corte de Luis XIV

LOS PROCESOS DE HECHICERÍA EN EUROPA

1. Distintos aspectos de los procesos
2. El tormento
3. El proceso de los templarios

LA HECHICERÍA Y LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS

1. Marco Polo ante la hechicería del Extremo Oriente
2. La hechicería del Asia Central
3. Las rutas de Indias y la hechicería hindú

HECHICEROS Y BRUJAS DEL ÁFRICA NEGRA

1. Los pueblos de tradición oral
2. Las brujas negras
3. Los hechiceros
4. El ritmo y la magia

LA HECHICERÍA EN AMÉRICA

1. Aportación europea a las hechicerías de indios y negros
2. Las «juntas de brujas»
3. La hechicería en Hispanoamérica
4. La Inquisición española en América
5. La brujería en las colonias inglesas de Norteamérica

PERSISTENCIA DE LA MAGIA EN LOS MITOS Y EL FOLKLORE

1. Cagliostro y el ocaso de las brujas

2. Duendes, aparecidos y casas embrujadas
3. Las formas modernas de hechicería
5. El mito de lo mágico ante la psicología

BIBLIOGRAFÍA

LA HISTORIA DE LA HECHICERÍA EN CONTEXTO

¿Qué sentido tiene un libro sobre magia y brujería en la segunda década del siglo XXI? La búsqueda simple en Internet de un término como *brujería* arroja más de siete millones de resultados entre páginas web, libros o vídeos. Los primeros cincuenta resultados nos llevan a contenidos sobre magia y brujería como realidad tangible y viva, desde manuales sobre «magia y espiritismo», recetas de hechizos altamente efectivos hasta grabaciones de «brujas» actuales. El mundo sobrenatural forma parte de lo cotidiano por muy racionales y escépticos que pretendamos ser, puesto que no solo siguen activas creencias y prácticas, sino que forman parte de nuestra cultura y de nuestra historia. De ahí que, como veremos en las páginas sucesivas, los estudios sobre magia y brujería con un enfoque crítico han acompañado a la proliferación de los fenómenos mágicos, en ocasiones de forma simultánea. El libro de Luis Bonilla debe insertarse en ese contexto, pero también es, por la época en la que se escribió, una suerte de «Historia de la hechicería dentro de la Historia de los estudios sobre hechicería». En primer lugar, porque la obra es el reflejo de una época, aquella en la que fue redactado. El autor no se limitó a describir las prácticas mágicas y plasmó su propia «censura de lo supersticioso», sobre todo al analizar su propia contemporaneidad. En segundo lugar, porque recoge en sus páginas las principales líneas antropológicas tradicionales, y algunos supuestos históricos ya superados, aunque maravillosamente expuestos, pero también se asoma a las tendencias historiográficas que emergían en la segunda mitad del siglo XX. En tercer lugar, porque la biblioteca en lengua española de este tipo de estudios es todavía hoy muy reducida en comparación con la abrumadora cantidad y variedad de títulos anglosajones, por lo que es necesario rescatar algunos de los volúmenes pioneros. En la parte final de esta introducción nos detendremos con más detalle en el libro de Bonilla, pero antes vamos a planear sobre el contexto general de la magia y la hechicería en la

historia desde dos vertientes: su realidad como fenómeno y las interpretaciones –más o menos– críticas.

1. MAGIA Y BRUJERÍA: UNA INTRODUCCIÓN

Cuando a finales del siglo XIX el antropólogo escocés Sir James Frazer publicó *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*,¹ estaba contribuyendo a la recuperación –y no solo para la comunidad científica–, del interés por las creencias y prácticas mágicas que habían acompañado a la Humanidad desde sus inicios. Con el racionalismo que marcó el final de la Edad Moderna y con la Ilustración, el mundo sobrenatural y el pensamiento mágico, fenómenos tan intrínsecamente enraizados en todas las sociedades, habían perdido el interés de los eruditos, o bien habían sido despreciados y directamente apartados como objeto de estudio.

Así pues, durante la primera mitad del siglo XX, comenzaron a surgir los primeros estudios sobre magia y religión que abordaban desde la historia y la antropología los fenómenos asociados a las creencias, con especial atención a aquellas manifestaciones que habían quedado fuera de las religiones tradicionales. Cabe mencionar la monumental obra de Lynn Thorndrike, *History of Magic and Experimental Science*.² En ella, el académico estadounidense se proponía analizar las prácticas mágicas no solo como fenómeno social o popular, sino también como uno de los elementos vertebradores de la historia de la ciencia desde sus orígenes. No en vano, su tesis doctoral en la Universidad de Columbia llevaba por título *The Place of Magic in the Intellectual History of Europe*,³ un título revelador. En efecto, no solo la historia o la antropología se interesaron por la magia en ese mismo período, y fueron necesarios enfoques interdisciplinarios y nuevos campos de estudio tales como los estudios culturales y la llamada «historia de las ideas», «historia intelectual» –como rezaba la tesis de Thorndrike–, o bien, más tarde, «historia de las mentalidades», sobre todo en ámbito francés. Aby Warburg (1866-1929) fue un historiador alemán que fundó el Centro de Estudios Culturales de Hamburgo y que centró su interés en la iconografía y la pervivencia del paganismo en Época Moderna, concretamente durante el

Renacimiento. Al estudioso le llamaban la atención las vías de recepción de algunas formas de pensamiento que persistían desde la Antigüedad, algunas de las cuales se habían ido transformando hasta adquirir un valor simbólico. Para Warburg, la historia cultural de Occidente podría relatarse a través de esos símbolos, plasmados en imágenes, por lo que se propuso acometer un proyecto tan ambicioso como el de recopilar un banco iconográfico bajo el nombre de *Atlas Mnemosyne*.⁴ Desde las pinturas rupestres de los hombres primitivos hasta el *Pantocrator* medieval, pasando por la pintura florentina renacentista o el arte barroco, la narrativa de «cómo pensamos» no obviaba sino que realizaba lo espiritual, cuando no lo sobrenatural: la cuestión se trasladaba a las narrativas sobre «en qué creemos». Por desgracia, el proyecto de Warburg quedó truncado por una muerte precoz, pero su influencia puede verse en numerosos historiadores, filósofos o historiadores del arte que se ocuparon de la historia de las ideas y privilegiaron el papel de la magia en la cultura occidental. El Warburg Institute, centro de investigación que lleva el nombre del estudioso y que custodia su enorme biblioteca, se alza actualmente en un majestuoso edificio en el centro de Londres. En la actualidad, si se tiene suerte, aún puede verse en los pasillos de aquella biblioteca a Jimmy Page, mítico guitarrista de los Led Zeppelin, convertido en «sir» Jimmy Page, e interesado –desde siempre– en temas esotéricos.

La impronta de académicos como Thorndrike en Estados Unidos o Warburg en Europa, y de la nueva vía de los estudios culturales demostraba que, en efecto, la práctica mágica y las creencias sobrenaturales no habían sido únicamente un espacio de pensamiento irracional de pueblos primitivos o sociedades supersticiosas, sino que habían constituido un vehículo de conocimiento esencial para comprender la filosofía o la ciencia. Más aún, desde la perspectiva de la «mentalidad» se comprueba que lo sobrenatural y la práctica mágica, que el hecho «mágico», no se reducen únicamente a estadios sociales y culturales menos avanzados, sino que en casi todos los períodos históricos han sido recibidos y elaborados por las élites, si bien a través de distintos mecanismos.

2. MAGOS, BRUJAS Y CAZA DE BRUJAS

Si echamos la vista atrás, magia, religión y conocimiento estuvieron íntimamente unidos desde la Antigüedad clásica. Los primeros relatos míticos sobre el origen del mundo y sus procesos naturales respondieron al pensamiento mágico, pero también, en el devenir de la civilización grecorromana, intelectuales y hombres de estado se preocuparon por el mundo oculto, aun cuando ya se reconocía y condenaba el hecho supersticioso. Solo así comprendemos cómo el romano Marco Anneo Lucano,⁵ en su poema historicista *Farsalia* sobre la guerra civil entre Julio César y Pompeyo Magno, colocó como elemento central de la acción una consulta nigromántica operada por una bruja. En el episodio, descrito con el mismo rigor con el que el poeta canta las incursiones militares, el general Pompeyo quiere conocer qué le depara el futuro en el conflicto, y, para ello, acude a la bruja Ericto de Tesalia, retratada como una anciana terrible y casi monstruosa, capaz de invocar con sus ensalmos a las almas del Más Allá. Incluso un político y erudito como Plinio el Joven planteaba en una carta a su amigo, el poderoso Licinio Sura, si este creía en las brujas y en los fantasmas regresados, en lo sobrenatural en definitiva, para, a continuación, describir una serie de lo que hoy llamaríamos experiencias «paranormales» extraídas de cuentos populares. Un siglo después aproximadamente, Apuleyo de Madaura, orador y jurista del norte de África, tuvo que defenderse de la acusación de ser un «mago» y de practicar magia negra. De este modo, Apuleyo nos legó un magnífico discurso donde, en su defensa, reveló algunas de las prácticas y rituales mágicos más extendidos en el mundo romano.⁶ Testimonios como el de Lucano, Plinio o Apuleyo atravesaron el tiempo, y el impacto de sus escritos quedarían en el poso común occidental en torno a lo sobrenatural, tanto en narrativas cultas como en los cuentos populares. Dicho de otro modo: las vías de transmisión y de recepción de creencias y narrativas sobre lo sobrenatural se establecen como vasos comunicantes entre la creencia vulgar y la interpretación más culta.

La Edad Media proporciona ejemplos suficientemente ilustrativos de lo anterior. La religión oficial y omnipresente nunca pudo combatir del todo el acervo de creencias paganas, ni tampoco la búsqueda del conocimiento a través de las artes ocultas y esotéricas. Estas últimas bebían, en parte, de épocas anteriores. Por un lado, la ciencia experimental abrazó a la magia a través de

tradiciones como el hermetismo, que recibía su nombre del dios griego Hermes Trismegisto («Tres veces grande»). También la alquimia o la astrología gozaron de un gran desarrollo entre los eruditos medievales, y no faltan alusiones a las artes ocultas en las obras de Ramón Llull o Roger Bacon. Incluso el santo Tomás de Aquino se interesó por esclarecer algunas de las operaciones mágicas y no descartó la existencia de demonios en determinados procesos. Esta evolución de lo «mágico» alcanzaría su esplendor en el Renacimiento con personajes como el filósofo Marsilio Ficino, Cornelio Agrippa, médico, ocultista y nigromante, o Paracelso, de quien se dice fue capaz de hacer efectiva la conversión del plomo en oro. Ahora bien, si en las esferas cultas y en las filas de la propia Iglesia las prácticas afines a la magia se integraban en la búsqueda del conocimiento, en la cultura popular las creencias y ritualidades, la relación con lo sobrenatural al margen de la ortodoxia religiosa, seguían enraizadas tan fuertemente que desembocaron en un fenómeno que marcó a Europa (y luego a la América colonial) a nivel social, intelectual y político durante casi tres siglos: la llamada «caza de brujas».

Seguramente, cuando pensamos en «brujería», acudimos casi de inmediato al periodo histórico europeo de persecuciones y hogueras inquisitoriales, de aquelarres y de brujas sobrevolando las aldeas montadas en escobas. Es también posible que en nuestra imaginación del fenómeno prevalezca un mundo principalmente «medieval». Sin embargo, hay que recordar que, en España, la última «hereje» ejecutada en la hoguera fue María Dolores López, una monja carmelita acusada de crear «ilusiones» –acusación muy común en los procesos de brujería–, en una fecha tan reciente como 1781. Por situar al lector, en ese mismo año Immanuel Kant publicaba la *Crítica de la razón pura*, libro que marcaría la filosofía contemporánea, si bien fue prohibido por la Iglesia bajo amenaza de excomunión. Un año después de la ejecución de la monja española, sería decapitada en Suiza Anna Göldi, considerada «la última bruja».

Ciertamente, la confrontación de las élites capitaneadas por la Iglesia con las supersticiones y las prácticas brujescas comenzó en los albores de la Edad Media. Por un lado, el rechazo a la religiosidad pagana que persistía por todo el antiguo Imperio, sobre todo en las zonas rurales, provocó que ciertas divinidades fueran identificadas con entidades sobrenaturales particularmente

malignas. En paralelo, emergió la figura del Diablo como hacedor del Mal, por lo que el análisis demonológico concentró la preocupación de los teólogos. La demonología se había iniciado en época romana tardía, con autoridades como Tertuliano, Agustín de Hipona o Lactancio; sin embargo, hacia el siglo v, surgió una corriente mitográfica que «transformaba» a los personajes mitológicos en demonios. Un buen ejemplo de dicha corriente es la obra de Marciano Capella, *Las nupcias de Mercurio con Filología*. Capella fue un erudito enciclopedista que vivió entre la institucionalización definitiva del cristianismo y los estertores del mundo romano y que describió en su libro la serie de demonios celestes, acuáticos y terrestres bajo los nombres de antiguos faunos, centauros, ninfas, sirenas y tritones procedentes de la Antigüedad. No obstante, las divinidades clásicas no solo seguían vigentes en la mitografía de carácter erudito, sino que se insertaron en el discurso demonológico y antisupersticioso que iba emergiendo en Europa, tan solo hay que recordar a la figura del dios Pan, el fauno cornudo que marcaría la imagen del Diablo mismo, pero también a otros dioses que habían ocupado el panteón olímpico. Las diosas Hécate, Proserpina o Diana eran divinidades que pertenecían desde la propia Antigüedad al ámbito de la mujer y también de la magia.⁷ En particular, el culto a Diana prevalecía en muchas zonas de Europa, como puede verse todavía hoy en la variedad de «janas» leonesas, «xanas» galaicas o «anjanas» cántabras, criaturas femeninas habitantes de los bosques hispanos. Diana y sus cultos paganos cobraron un protagonismo mayor cuando fueron incluidos en el discurso de las primeras actuaciones contra la brujería. De alguna manera, la Iglesia sirvió de catalizador de las creencias supersticiosas y a la vez contribuyó a su «globalización»: en los folclores germánicos y célticos, el culto a Diana fue identificado con cultos locales hasta tal punto de que lo reivindicaron como propio. Las figuras femeninas de las tradiciones centro y norte europeas como Holda (o Hulda), Bertha, Habonde –diosa esta última que deriva de la romana *Abundia*, dadora de fertilidad y venerada particularmente en la Galia romana–, o Bensozia se emplearon indistintamente como variantes de Diana. Del mismo modo, se añadieron otras creencias sobrenaturales, como las germánicas «cabalgatas nocturnas» de fantasmas y demonios, las cuales se ajustaban a la actividad brujesca de las antiguas diosas romanas. Evidentemente, también fue

necesaria la integración de «brujas» bíblicas, como la potente bruja de Endor, quien realizó –como la Ericto del romano Lucano–, un acto de necromancia con Samuel; o Herodías, esposa de Herodes Antipas y madre de Salomé, quien orquestó la ejecución de san Juan Bautista, nada menos. El primer testimonio de asimilación de Diana y otras entidades míticas locales a las actividades de las brujas se encuentra en un documento del siglo X, que lleva el título *Canon Episcopi* (*Canon del obispo*). Lo redactó el monje benedictino francés Regino de Prüm para la instrucción de los obispos en la correcta aplicación de la doctrina católica y la lucha contra las supersticiones. El *Canon* prestaba especial atención a las operaciones del Diablo y, más importante aún, relacionaba íntimamente a este último con la actividad de las brujas. En el texto del *Canon* se pone en evidencia la fusión del paganismo con los supuestos rituales «mágicos» y las supersticiones de la época, así como la adaptación de todo ello a una nueva retórica represiva. En primer lugar, se describen –y condenan– las asociaciones brujeriles donde tienen lugar los vuelos nocturnos en compañía de Diana, teniendo muy presente que Diana es una diosa pagana y que recibe otras advocaciones. En segundo lugar, se proclama que el Diablo puede crear ilusiones en la mente de las mujeres, haciéndolas creer que tales vuelos fantásticos son verdaderos. La recopilación de los escritos de Prüm incluye un pasaje que ilustra bien estas primeras ideas:

... ciertas mujeres criminales, después de entregarse a Satán, demonio de las ilusiones y fantasías, el cual les ha seducido, creen y confiesan que cabalgan sobre ciertos animales y que se unen a Diana, la diosa nocturna de los paganos, así como a Herodíade...⁸

Hombres y mujeres sucumbiendo a Satán y su cohorte de demonios. Las autoridades eclesiásticas compusieron un imaginario formado con folklore popular, antiguas ritualidades enraizadas, y reminiscencias clásicas y bíblicas. Con todo ello podía identificar y atajar el detallado despliegue de supuestas prácticas malignas. Transformaciones en animales, vuelos nocturnos, robo y sacrificio de niños y celebración del sabbat,⁹ debían ser analizados en un marco lo suficientemente preciso pero a la vez lo suficientemente amplio como para poder detectar y –lo más importante– reprimir cualquier señal de hechicería. Por eso, a pesar de que la línea principal de la teología, incluso la inquisitorial,

se esforzó en resaltar la falsedad de todos aquellos supuestos fenómenos, el vuelo, la transformación, las supuestas habilidades sobrenaturales, y en insistir en la debilidad mental de las consideradas brujas, que eran presas de meras ilusiones diabólicas, lo cierto es que en los procesos inquisitoriales se insistía en tales prodigios. En parte, el peso de la tradición clásica, donde los antiguos eran fuente de autoridad indiscutible, alimentó la duda sobre la efectividad de artes malignas. Una de las denominaciones para designar a las brujas fue un término griego, *lamia*, que en la tradición grecolatina era un demonio femenino que seducía a los hombres y devoraba a los niños. La tratadística teológica antisupersticiosa, escrita prioritariamente en latín, recuperó a las lamias antiguas para convertirlas en brujas modernas, trasmutando al demonio semidivino en mujeres de carne y hueso, en su mayoría pobres y analfabetas.¹⁰ Incluso el dominico Heinrich Kramer, autor del tratado *Malleus melficarum* (*Martillo de las brujas*) que se supone el escrito capital de la «caza de brujas»,¹¹ no pudo descartar la veracidad de algunas prácticas relativas al trato con el Diablo, poniendo un especial entusiasmo en las relaciones carnales entre mortales y demonios.¹²

El estado de histeria colectiva en torno a la brujería se amplificó en el transcurso del siglo XVI, estimulado por las controversias en el seno de la Iglesia que desembocaron en la Reforma protestante y la consiguiente Contrarreforma católica. En ambos campos se hizo imprescindible una purga de herejías y «supersticiones», por lo que se compitió por actuar con mayor celo en la persecución de las prácticas brujescas. Así pues, mientras el Diablo campaba a sus anchas en el campo católico, dejando a su paso multitud de historias de sucesos sobrenaturales y posesiones, en el campo reformado se esforzaban por poner el énfasis en la «locura» de los adoradores del Diablo y de los engaños de este, que fabricaba ilusiones para hacerles creer poderosos. El resultado fue más o menos el mismo, esto es, la persecución y represión sistemáticas de «brujas» y «herejes», con una especial saña contra el sexo femenino. Esta «fiebre» mágica no solo tuvo una aplicación práctica en los procesos inquisitoriales, sino que, siguiendo el camino del *Malleus melficarum* y de los tratados de finales de siglo XV, en las siguientes décadas hubo un incremento de obras y títulos que teorizaban sobre la magia, las brujas y el mundo sobrenatural. Como sucedía

con el sesudo romano Plinio el Joven, que preguntaba a un senador si había algo de cierto en los cuentos de «miedo» populares, también los modernos juristas, filólogos y eruditos de todo tipo –no solo los teólogos– se aplicaron en discernir sobre la existencia de demonios, vuelo nocturno de brujas y hasta sobre los fantasmas regresados del Más Allá. La lista de libros, de firmas tanto protestantes como católicas, es notablemente difícil de sintetizar en esta introducción. No obstante, es de justicia rescatar, precisamente porque reflejan que el asunto sobrenatural tenía un peso extraordinario en todas las esferas – política, social, intelectual–, el libro *De la démonomanie des sorciers*¹³ de Jean Bodin, jurista y economista del círculo del cardenal Richelieu. Bodin aprovechó su acceso a la documentación de los juicios para exponer numerosos y supuestos pactos con el Diablo, pormenorizando en cada una de las operaciones con gran detalle y mostrando una gran convicción en ellas.¹⁴ Poco después de la aparición de la obra de Bodin, surgió la publicación definitiva, la más completa y erudita: las *Disquisiciones mágicas (Disquisitionum magicarum)* del padre jesuita Martín del Río. A lo largo de seis libros que componen el tratado, Del Río analizaba todo el universo «paranormal»: la existencia del Diablo, de sus seguidores, de gigantes y licántropos, de fantasmas y posesos. Nada escapó al jesuita, y para ello partió de los tiempos remotos pero también de los presentes: de Grecia y de Roma, de los antiguos de la Biblia, de las crónicas medievales y de los acontecimientos prodigiosos que llegaban desde el otro lado del mundo, en plena evangelización jesuítica. Las *Disquisiciones* de Del Río se hicieron inmensamente populares entre católicos y también entre protestantes, que lo adoptaron como manual y guía, pero también fueron leídas por un público más extenso e influyeron en la literatura, el teatro o el arte. Algunos textos de Cervantes y Lope de Vega, por no decir de Shakespeare, solo se entienden considerando la influencia de tratados como las *Disquisiciones*. Paradójicamente, Del Río no sobrevivió al juicio de la Ilustración, quien lo consideró un cruel inquisidor obsesionado con la tortura, y su erudición no ha sido puesta en valor hasta nuestros días.

Ya hemos visto que las narrativas de magos, brujas y hechiceras partían de la Antigüedad, pero que a finales de la Edad Media y en la Edad Moderna tuvieron una importancia central. Por este motivo, el fenómeno de la brujería

en Europa durante este periodo ha llamado la atención de los estudios hasta la actualidad. La enumeración de libros y ensayos sobre brujería medieval y moderna es abrumadora, por lo que ahora subrayaremos, ni que sea someramente, las principales corrientes que se han ocupado del fenómeno. Decíamos al principio de estas páginas que el siglo XX asistía al desarrollo de la ciencia histórica, la antropología, la sociología y la psicología modernas, así como al nacimiento de disciplinas asociadas y transversales como los estudios culturales y la historia intelectual. Los primeros trabajos sobre la caza de brujas se iniciaron en la primera mitad del siglo pasado, con estudios tan sugerentes como los de Margaret Murray y su teoría de cultos primitivos en torno a la fertilidad y el macho cabrío como subyacentes en las religiones antiguas y en la brujería medieval y moderna.¹⁵ Sin embargo, el apogeo de estudios sobre magia y brujería tuvo lugar a finales de los años 60 y principios de los 70. En primer lugar, surgió un creciente interés por «lo social», que dirigía su atención a los grupos menos favorecidos y a colectivos marginales fuera de la historia oficial de todas las épocas. En esas décadas, la academia francesa produjo trabajos al abrigo de los *Études Sociales*, fundados por Lucien Febvre y Marc Bloch, que se detuvieron en el análisis de los fenómenos sociales y los procesos que intervenían. Desde esta nueva perspectiva, enfocada en la historia de las mentalidades, la magia y la brujería fueron analizadas desde una perspectiva más política y social. Solo por poner un ejemplo sobresaliente, cabe mencionar el trabajo de Jean Delumeau, profesor de la *Ecole des hautes études en sciences sociales* de París, *La peur en Occident*,¹⁶ donde analizaba precisamente el Miedo (al otro, a lo desconocido, a lo sobrenatural, pero en mayúsculas) como factor clave para entender la persecución europea de hechiceros y herejes. Si el lector tiene oportunidad de ver la película de Robert Eggers *La bruja: Una leyenda de Nueva Inglaterra* (2015), podrá sumergirse cinematográficamente en la atmósfera asfixiante del Miedo que tan bien describe Delaumeau, aunque trasladada a la Nueva Inglaterra de los colonos puritanos.¹⁷ En segundo lugar, en la misma línea de preocupación por los fenómenos sociales y el foco en determinados colectivos, en los 70 emergían con fuerza los estudios feministas, que proponían un enfoque de género y se centraban en la represión ejercida hacia las mujeres por parte del patriarcado. En 1973, dos feministas

estadounidenses de la llamada «segunda ola», la activista Barbara Ehrenreich y la profesora de Berkeley Deirdre English, llegaron a sostener que la caza de brujas fue en esencia una eliminación selectiva de comadronas y curanderas tradicionales ejercida por los *médicos (varones) del establishment*. El libro se publicó en 1971 con el título *Witches, Midwives, and Nurses: A History of Women Healers* y fue calificado poco menos que de panfleto por algunos sectores, tanto conservadores como feministas. Estos últimos criticaban la idea de la mujer como una víctima por naturaleza, asumiendo, pues una debilidad innata.¹⁸ No obstante, como sucedía con la obra de Margaret Murray, las teorías de estas dos autoras resultaban relativamente novedosas, y contribuyeron a estimular el debate en torno al factor del género aplicado a determinados fenómenos históricos, y en concreto al de la brujería, donde la psicología y la sexualidad han ido ocupando un espacio central. Es un debate que, dicho sea de paso, aún sigue vigente.

Retomemos la idea del flujo constante que circula, a través de diversas vías, entre lo popular y lo culto, algo que, como hemos visto, ha sucedido desde la Antigüedad. En efecto, cuando hablamos del interés académico por el fenómeno de la magia y la brujería en la segunda mitad del siglo XX, no debemos obviar la atmósfera favorable para ello en la cultura occidental. No solo fue el momento de las grandes reivindicaciones de los derechos de las minorías, de los colectivos oprimidos y del feminismo, también fue el momento de un resurgir de la «espiritualidad» bajo múltiples formas, desde los hippies y la *New Age*, al giro hacia las filosofías y religiones orientales, a los cultos amerindios, a las creencias primitivas, a las ciencias «alternativas». Aparece una nueva «brujería de diseño» que redefine a la hechicería como fenómeno contracultural, esta vez promovido por las clases opulentas. En palabras de Marvin Harris, en su libro *Vacas, cerdos, guerras y brujas*: «se admira a la bruja moderna y se teme a la de antaño».¹⁹ Asimismo, se rescatan corrientes de pensamiento como los postulados más esotéricos de Carl Gustav Jung, y se reivindica a los ocultistas de décadas pasadas. Uno de ellos, el célebre «mago» Aleister Crowley (1875-1947), aparecería en la portada del *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de los Beatles. Paralelamente, la cultura de masas produjo y divulgó un imaginario del «terror sobrenatural» a través de la literatura, el cine

y hasta la música: la primera banda de *heavy metal* se llamó *Black Sabbath*. Los elementos fundamentales de dichas producciones no eran nuevos, sino que las narrativas seguían siendo, en esencia, las mismas que en épocas pasadas, aunque añadían elementos contemporáneos, como los avistamientos y abducciones extraterrestres.

Tampoco ahora, en la inminente contemporaneidad, la inclinación hacia uno u otro tema de investigación está del todo alejada del contexto cultural, social e incluso político. El presente asiste a nuevas incursiones en el campo de la magia y lo sobrenatural, cada vez desde posiciones más científicas. Por ejemplo, en el ámbito de las ciencias de la Antigüedad, se ha retomado el estudio de las ritualidades griegas y romanas presentes en amuletos, papiros mágicos y tablillas inscritas con maldiciones, de las que no cesan de salir nuevas aportaciones, y que esta vez son estudiadas con la ayuda de las últimas tendencias arqueológicas y filológicas. Las prensas universitarias de Oxford cuentan con la publicación de un volumen completo sobre la caza de brujas en Europa, con una sustanciosa bibliografía que avala la vitalidad de fenómeno en nuestros días.²⁰ Interesa también a nivel académico el auge del espiritismo del siglo XIX y su interacción con la cultura del momento.

3. A PROPÓSITO DEL PRESENTE LIBRO

Pasemos ahora a la *Historia de la hechicería y de las brujas*, una vez establecido un marco general para ponerlo en contexto. Lo que tiene el lector en sus manos no es un título común, uno más, de la conspicua bibliografía existente sobre brujería. En primer lugar, porque su autor, Luis Bonilla García, es prácticamente desconocido. Los datos que figuran en el registro de la Biblioteca Nacional indican que nació en 1912, (no consta fecha de fallecimiento) y que publicó quince títulos entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado. Todos ellos, parecen ser una aproximación histórico-antropológica a determinados fenómenos, con una atención particular a las creencias: *Leyendas y tradiciones de Castilla* (1956), *La danza en el mito y en la Historia* (1964), *Mitos y creencias sobre el Fin del Mundo* (1967), *Los peregrinos: sus orígenes, rutas y religiones* (1965), y el sugerente *Magia y sociedad de consumo*

(1974). Asimismo, redactó una *Historia de la esclavitud*; el ensayo *La mujer a través de los siglos* (1957) y *El amor y su alcance histórico* (1964). Podemos considerarlo un ensayista polígrafo de ámbito no académico, pero con el suficiente rigor como para publicar sus títulos en editoriales como Biblioteca Nueva, Revista de Occidente, o Ediciones Guadarrama. En segundo lugar, las fechas en las que Bonilla publica algunos de sus libros son tempranas en ámbito hispano. En concreto, la *Historia de la hechicería*, aparecida en 1962, es una de las primeras monografías en español sobre el tema y la primera en hacer una aproximación histórico-antropológica de tipo comparativo y diacrónico. Nunca antes se había hecho un recorrido por la fenomenología de la magia desde la prehistoria hasta la contemporaneidad a través de diversos temas que abordaban desde prácticas religiosas hasta tópicos literarios. Téngase en cuenta que *Las brujas y su mundo* del antropólogo Julio Caro Baroja, título en español referente, apareció en Revista de Occidente en 1961 y fue reeditado por la editorial Alianza justo cuando la obra de Bonilla salía a la luz. Asimismo, la obra de Caro Baroja se centraba únicamente en el fenómeno de la brujería en España, y en concreto analizaba los *akelarres* del norte de España: con Baroja aprendimos sobre las (después) famosas brujas de Zugarramurdi.

En el año de edición de la *Historia de la hechicería*, la antropología comparada «a lo Sir James Frazer», que establecía paralelos entre culturas lejanas, entre el Pacífico, Oriente y Occidente, seguían en pleno vigor, si bien la antropología social centrada en los procesos históricos acontecidos en lugares concretos se estaban abriendo paso en Europa. Sin embargo, es muy difícil hallar un ensayo general que realice un viaje desde la prehistoria, a través de los siglos, para tratar de comprender mejor la fenomenología mágica. Por contra, la arqueología en España era una disciplina aventajada en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, ya que tuvieron lugar las principales excavaciones de la Hispania antigua, con temas tan sugerentes como el mundo prehistórico, ibérico o tartésico. En este sentido, el presente libro recoge todo ese interés arqueológico por el pasado de la península y se hace eco de los estudios más significativos en los primeros capítulos. De este modo, lo que el lector puede aprender no es solamente una interpretación, si se quiere, superada de los hallazgos arqueológicos de la época, sino la historia misma de la investigación

arqueológica en España. Arqueología, pero también mucha historiografía y fuentes literarias, que dan cuenta de un estudio mucho más transversal del que se suponía a un libro editado en el año 62. El lector encontrará una buena muestra del acervo literario clásico en los capítulos dedicados al mundo griego «antiguo», donde se recurre a la maga Circe descrita en la *Odisea* de *Homero*, pero también a la ya referida bruja Ericto de la *Farsalia* de Lucano, entre otras muchas referencias y citas de textos. Menos conocida es la época visigoda, que el autor de este libro se atreve a abordar en otro capítulo comenzando con las descripciones del campo semántico de la magia de san Isidoro de Sevilla. Como decimos, el abordaje del tema mágico en la España visigótica es sorprendente, baste con decir que es una de las tendencias de investigación de los últimos años. Más estudiada ha sido la impronta del mundo islámico en la Edad Media, capítulo muy sugerente no por el detalle de prácticas esotéricas musulmanas, sino por el enfoque del autor: en este punto se escribe, desde la perspectiva nacional católica del franquismo, que dejó una impronta innegable en los estudios históricos sobre el periodo, cómo la fe católica supo arrinconar las supersticiones islámicas pero mantuvo la hechicería de brujas patrias, reivindicando así una especie de magia folklórica nacional. Aquí esta *Historia de la hechicería* cobra un valor doble: como ensayo erudito sobre prácticas mágicas y como documento histórico. En la misma línea, pueden leerse los capítulos sucesivos dedicados a ese folklore patrio que incluirá episodios tan curiosos como la llamada «Cueva de Salamaca» o escuela de Toledo, una especie Hogwarts hispano medieval, si me permiten los lectores la licencia.

España ocupa, de hecho, una buena parte de los episodios medievales y barrocos, donde se encuentra un enfoque novedoso para la época y tendencia de investigación contemporánea: la relación entre la literatura del Siglo de Oro y las supersticiones y hechicerías. Como sucede desde el inicio de los tiempos y como hemos venido señalando en estas páginas, la magia encuentra un espacio entre lo culto y lo popular, entre los más bajos estratos sociales hasta las más altas esferas de poder. Y Luis Bonilla dedica varios capítulos al influjo de la magia en la política. El lector encontrará, en definitiva, un sumario de los principales momentos, personajes y documentos del fenómeno de la magia en

España, aunque también hallará a Marco Polo –que descubra por sí mismo qué tiene que ver el comerciante italiano con la hechicería.

En definitiva, este libro, escrito hace más de medio siglo, es un documento en sí mismo por los motivos que hemos subrayado. Ello es aún más evidente en los capítulos finales, donde encontramos la persistencia de las creencias en el folklore popular en la contemporaneidad del autor e incluso un capítulo dedicado a la psicología junguiana. También se hace evidente su valor testimonial en la bibliografía, que selecciona lecturas heterogéneas pero que configuran el estado de diversas cuestiones en la época en la que el libro fue redactado. Por último, esta *Historia de la hechicería* que se reedita felizmente en nuestros días, está ilustrada por fotografías, una práctica cada vez más rara en la edición de libros, pero que presenta un sugerente recorrido visual, tal y como concebía Warburg. Algunas son imágenes extraídas de otros libros, si bien descatalogados o difíciles de encontrar, en otros casos, se trata de obras de arte fácilmente localizables. En cambio, otras imágenes resultan únicas, como las fotografías de tribus africanas contemporáneas, que fueron proporcionadas por el archivo de la Sociedad misionera de los Padres Blancos. Estos misioneros desarrollaron su misión en África desde el siglo XIX y fueron pioneros en los estudios etnográficos sobre el continente. No se pierda el lector los pies de foto, puesto que ahí también queda al descubierto el punto de vista del autor desprovisto de toda objetividad.

En definitiva, este libro será del interés tanto de un público general como especializado: aquellos interesados en el universo mágico como «realidad» en sí mismo, como aquellos escépticos que quieran conocer más acerca de un fenómeno presente en todos los tiempos y culturas. Un fenómeno, por otro lado, presentado y analizado bajo el prisma de otra época, la segunda mitad del siglo XX, ya considerada parte de la historia reciente.

ALEJANDRA GUZMÁN ALMAGRO
Barcelona, día 54 de la Pandemia

¹ Londres, 1890, con varias reediciones aumentadas que el propio Frazer sintetizó en una versión más «accesible», la que conocemos actualmente, en 1922.

² Publicada a partir de 1920 en varios volúmenes.

³ La tesis doctoral, basada en el ocultismo medieval y renacentista, fue defendida en la Facultad de Ciencias Políticas y editada en 1905. Ha gozado de vitalidad editorial hasta los años setenta del siglo pasado y algunos de sus preceptos siguen siendo insuperables.

⁴ *Mnemosyne* (o Mnemósine) era la personificación griega de la memoria.

⁵ Lucano fue sobrino del filósofo cordobés Séneca y vivió durante el gobierno del emperador Nerón, a mediados del siglo i d. C.

⁶ Se trata del discurso conocido como *Sobre la magia*, pronunciado en su propia defensa. Apuleyo fue acusado de mago por los parientes de su esposa, mucho mayor que él y mucho más rica. El orador se defendió enumerando todos los elementos de la acusación para después rebatirlos argumentando que, en realidad, él era un científico.

⁷ Los poetas clásicos atestiguan a Diana como diosa a la que recurren las brujas. La despiadada Canidia descrita por Horacio en los Épodos invoca a la Noche y a Diana en uno de sus conjuros.

⁸ *Patrologia Latina*, 140:831-2.

⁹ Se tomó el nombre del *Sabbath* judío, no en vano la persecución antisemita también alcanzaba su apogeo en estos siglos.

¹⁰ Esta transformación o, mejor, esta adaptación de una entidad sobrenatural de raíces clásicas a las hechiceras comunes del pueblo llano llamó la atención de algunos eruditos que, en plena caza de brujas, censuraron la crudeza de tratados como el *Malleus maleficarum*. Uno de los pioneros fue el jurista alemán Ulrich Molitor, quien, preocupado por el creciente número de denuncias y castigos en Alemania, publicó en 1489 el tratado *De lamiis et pythonicis mulieribus* (*Sobre las mujeres lamias y pitonisas*), donde se mostraba escéptico con los poderes que se les atribuían a pobres mujeres ignorantes.

¹¹ Se imprimió en 1486, pero gozó de una amplia difusión y de ediciones hasta el siglo XVII.

¹² En este sentido, es de notable interés la creencia en íncubos, demonios que visitaban las alcobas de noche para yacer con mortales. Los teólogos atestiguaban casos de embarazos fruto de estas experiencias, remontándose al caso más ilustre de hijo de íncubo y mortal: el mago Merlín de la leyenda artúrica.

¹³ 1580. La traducción española sería aproximadamente: *Sobre la adoración demoníaca de los brujos*, si bien «demonomanía» alude más bien a la obsesión por los demonios.

¹⁴ Irónicamente, los libros de teoría política de Bodin fueron prohibidos por la inquisición, mientras que la *Démonomanie* se convirtió en un referente para inquisidores.

¹⁵ La obra capital en este sentido es *The Witch-Cult in Western Europe* (1921). Si bien las teorías de Murray han sido superadas, hay que reconocerle el acierto (entre otros) de establecer vías de transmisión y recepción de creencias y prácticas persistentes desde la Antigüedad, y el haber influido en historiadores posteriores como Carlo Ginzburg, autor de *Historia Nocturna. El desciframiento del Sabbath* (1989).

¹⁶ 1978.

¹⁷ Recordemos la implacable represión llevada a cabo en las colonias británicas, ilustrada por los conocidos juicios de Salem, entre 1692 y 1693, en el actual estado de Massachusetts.

¹⁸ Por ejemplo, la profesora de Oxford Diane Purkiss, una de las estudiosas del rol de la mujer durante el Renacimiento en obras como *The Witch in History: Early Modern and Late Twentieth Century Representations* (1996).

¹⁹ Publicado en 1974. Harris fue un antropólogo estadounidense que aplicó un análisis materialista y económico a los fenómenos, entre ellos, la brujería.

²⁰ La obra la coordina uno de los más sobresalientes historiadores actuales en este campo, Brian P. Levack, ed. *Handboock of Witchcraft in Early Modern Europe and Colonial America* (2015).

NOTA PRELIMINAR

Uno de los aspectos más inquietantes del pasado es el de la hechicería, por su influencia en lo social y hasta en lo político dentro de la Historia y por sus repercusiones en la vida cotidiana de todos los pueblos desde la más remota antigüedad. Así también, las actividades de las brujas en todas sus clases, como resentidas sociales, enfermas mentales o trapaceras especuladoras, llegaron a plantear serios problemas a los gobernantes en aquellos tiempos en que sesudos pensadores trataban de dilucidar lo que había de cierto o de engañoso en los vuelos, aquelarres y demás pretendidos prodigios de las brujas.

Veremos el influjo de la hechicería en tiempos de la antiquísima Sumer, en Egipto, Grecia, Roma, en los tiempos de la Europa medieval, la que vio Marco Polo en su ruta hasta la China, la de los brujos del África negra, la de América colonial, la que en tiempos del Renacimiento influyó en la política de las cortes más esplendorosas, la de tiempos de Luis XIV, la de Cagliostro; todo, en fin, un desfile alucinante que padeció la Humanidad como una especie de locura, a veces colectiva, que enriqueció a unos y enloqueció a otros.

Esta obra no juega con las ideas ni deja cabos maliciosamente sueltos para excitar la fantasía inconsciente del lector, sino que, a través de una sana interpretación histórica y psicológica, le descubre el terrible lastre social de la hechicería en sus múltiples aspectos a través de los siglos.

ORIGEN DE LA HECHICERÍA

Los testimonios más antiguos que poseemos de la existencia de prácticas mágicas se remontan a los habitantes de las cavernas. Ya en el Paleolítico preocupaban a la humanidad los poderes ocultos, y esta era capaz de sentir esa fácil credulidad en las fuerzas desconocidas que, como bagaje mental, acompañan a las manifestaciones humanas a través de los milenios.

Los artistas de la Edad de Piedra nos han dejado, junto con las escenas de caza, tan llenas de vida, representaciones de indudable carácter mágico, como las danzas, los hechiceros con apariencia híbrida de hombre-toro u hombre-bisonte, signos en forma de choza, siluetas de manos con el dintorno coloreado en rojo o negro y otros dibujos cuyo significado es un enigma para nosotros.

Casi un centenar de cuevas entre España y Francia atestiguan con sus grabados y pinturas rupestres sobre la vida de aquellos tiempos, de sus afanes en la caza por obtener el sustento, de sus adornos para alcanzar una sobreestimación jerárquica, heroica o amorosa, y de sus preocupaciones sobre el poder de fuerzas desconocidas, que pretenden conjurar por medio de talismanes o mediante la intervención de hechiceros. Y como las familias viven cotidianamente sobre la caza, todas sus manifestaciones están directamente relacionadas con su problema vital. Así, las manifestaciones mágico-religiosas y de hechicerías dimanaban de una psicología de cazadores.

Muchas representaciones pictóricas de animales muestran heridas simbólicas; es decir, las heridas que se desean hacer en la cacería. A veces, estos animales aparecen sin cabeza, no porque se haya borrado por efecto del tiempo, sino porque nunca llegó a ser interpretada por el artista hechicero en gracia a un oscuro propósito simbólico, como podemos ver en la representación de un bisonte sin cabeza de la cueva de Altamira. Otras veces, por el contrario, se detalla lo que realmente no debería verse, como en el elefante (*Elephas antiquus*) de la Cueva de el Pindal, que ostenta visible su corazón con un propósito mágico de embrujamiento, cuyo significado ignoramos. Es de suponer en él un sortilegio de captura o de simbólico intento

de captación de la potencia del más fuerte de los animales. Determinados animales, esos que son más útiles para aquellas familias, parecen gozar de cierto valor mágico, pues podemos ver sus características más distintivas representadas en los dibujos híbridos o antropomorfos de los hechiceros. Así, llevan estos hechiceros todo su cuerpo cubierto por una piel de animal, a veces con la cornamenta en la cabeza, como en la pintura del hechicero de la cueva de Tuc d'Audoubert; pero esta preocupación híbrida-animista llega a todo su barroquismo en el hechicero de la Gruta de los Trois-Frères (Francia), que ostenta en su cara de mochuelo una larga barba de bisonte y orejas de lobo, va coronado por unas hermosas astas de ciervo y posteriormente adornado con una cola que parece de caballo, aunque sus extremidades inferiores sean completamente humanas.

Parece existir un cierto paralelismo mágico entre las características de estos hechiceros paleolíticos del sudoeste europeo con los hechiceros actuales centroafricanos, separados por un abismo en el tiempo de quince mil años. Pero ¿qué son quince mil años en la historia de la humanidad? Pueden representar mucho si se mira desde el punto de vista de nuestra historia, si recordamos que los datos realmente históricos de nuestra evolución cultural se remontan a unos cuatro mil años antes de Jesucristo con las excavaciones sobre la primitiva cultura de los sumerios; pero en cuanto entramos en el campo de la prehistoria, lo que eran siglos históricos se vuelven milenios, para perderse en lo desconocido; mas aun cuando las recientes excavaciones nos hacen rectificar cada vez más lejos nuestra cronología, la antigüedad del género humano se amplía prodigiosamente. Así, por ejemplo, el homínido descubierto en la actualidad por el profesor Hurzeler en una mina de lignito de la provincia de Grosseto (Italia) abre millones de años hacia atrás para la existencia de seres evidentemente arcaicos, pero con indiscutibles peculiaridades de homínidos y características que, como el hueso nasal, no posee ningún simio, ya que este particular es una prerrogativa exclusiva del hombre. Téngase en cuenta que hasta 1957 el *Oreopithecus* se había considerado como una clase de simio perteneciente a la era terciaria, o sea de unos diez millones de años atrás, mientras al hombre no se le daba una existencia posible sino desde el cuaternario. Pero el profesor Johannes Hurzeler, descubridor del llamado